

Jean Jacques Rousseau.—El Sociólogo



PEREZOSO sobre toda ponderación me encuentro al tomar la pluma para embarronar estas cuartillas, que son mi ración ordinaria, y mi contribución casi obligatoria para "ESTUDIO". Los que se imaginan que los "caballeros de la pluma" tenemos grandes compensaciones en los emolumentos de paga, y en el aura popular que ganamos, se equivocan de medio a medio. El camino del periodista está lleno de guijarros, que en más de una ocasión hieren con sus agudas esquinas los pies del infeliz que por ellos ha de caminar.

Son las cuatro de la mañana; los gallos no han cantando aun; no asoma por los "balcones del oriente el rubicundo Febo", ni "ha destrenzado sus hebras de oro sobre el mundo el astro rey", como diría un vulgarcillo escritor, y ya me tienen los lectores sobre la mesa de trabajo, haciendo ruido y llenando cuartillas en mi hermosa "Woodstock", que en mal hora compré, pues si no la tuviera, me vería libre de estas obligaciones de llenar cuartillas.

Anoche antes de acostarme hube de dar una vuelta a diversas de las obras del filósofo ginebrino, para refrescar ideas, pues no queremos atribuirle en estos artículos nada que no haya dicho. Y aquí voy a darte, lector, algunas de esas ideas, si tuvieses a bien repasar estas deslabazadas y desmadejadas cuartillas.

"El hombre nació libre y se encuentra encadenado en todas partes", escribe Rousseau en su "Contrato Social". En contrar solución a ese problema fué lo que en sus obras sociológicas se propuso.

El hombre fué creado libre; cierto. La Santa Biblia lo asegura y hasta la fecha no ha habido quien fuera capaz de demostrar que el Libro Santo esté equivocado en una sola de sus afirmaciones.

Lo que no dicen la Biblia, ni la razón, ni nadie, es que esa libertad consistiera precisamente en andar por los montes, como fieras dañinas, luchando con hombres y con bestias, y procurándose el sustento a pedrada limpia y fuerza de puños. Eso quien lo afirma es Rousseau, que no tiene ningún fundamento histórico, aunque ahora nos salga todo un Wells en sus "Outline of History", contando con sus pelos y señales lo relativo a aquella edad verdaderamente venturosa. ¡Hay ya hasta fotografías y grabados de aquellos hombres de las cavernas y de los bosques, semihombres semi-fieras! ¡Y lo que es más; hasta Evas tratadas con la menor cantidad posible de ropa tenemos ya en Wells! ¡Si todo ello no es admirable, no sabemos a que deberá darse tal epíteto!

Rousseau admite que no hay base histórica alguna para su teoría del estado salvaje de la primitiva humanidad; que nada se encuentra en los "records" de la humanidad que tienda a demostrar que existiera el famoso pacto social, que él puso como base de todo su sistema sociológico. Y sin embargo, como sirve a maravilla tal hipótesis

para edificar sobre ella la teoría rousseauiana, no dudó un punto el filósofo de Ginebra en ponerla como base de todos sus raciocinios.

Y los bienes inmensos que de ella se siguen son los siguientes, que no son, ni mucho menos, moco de pavo.

"Sirve para demostrar que al hombre se le han quitado sus derechos naturales; justifica la causa sagrada de la revolución y de la insurrección y del motín; nos enseña a honrar al hombre como hombre, al simple ciudadano más que al noble (como si este no fuera también hombre y acaso mejor que el simple ciudadano), al patán más que al sabio o al artista (con lo cual dicho se está que en la República de Rousseau no ha lugar a ciencias y artes).

La moral llana y a la buena de Dios es la más segura de todas las morales; y no hay cosa mejor que obrar cada cual según los impulsos de su propia naturaleza. Y si a mí, pongo por caso, se me antoja la mujer del prójimo, que por un casual puede ser mas guapa que la mía propia, haré perfectamente en desentenderme de mi costilla para birlarle la suya al prójimo etc. etc. ¡Si esto no es profunda y ridículamente absurdo e inmoral que vengan los Vicentes, los Remigios, etc. y que lo digan!

El hombre en sus comienzos era libre, salvajemente libre y montaraz; sin rey ni roque y sin otra norma de conducta que sus deseos y querer. No estaba sujeto a leyes, por lo mismo que no vivía en sociedad; nada tenían que ver con él los postulados de la razón, ya que esa razón no tenía más alcances intelectuales y morales que aquello que favorecía los instintos de la bestia humana, que esto, en último término, era aquel primer hombre.

En mal hora se les ocurrió a aquellos hombres libres adunarse y vivir en sociedad, pues hubieron de pactar, perdiendo en el pacto su libertad individual.

Yá está el hombre esclavizado y sometido a la tiranía del estado. Desde esta fecha infausta hasta que vuelva a recobrar la libertad perdida, habrán de correr siglos y siglos, en los que el hombre tendrá que pasar por toda clase de vejámenes, de tiranías, de despotismos.

Será el hombre unas veces esclavo y otras señor; y el que fué ayer siervo mañana será tirano. En vano será que entendimientos privilegiados se esfuerzen en conseguir para el hombre el pleno ejercicio de sus derechos. Esos derechos no volverán a recobrarlos hasta tanto que el mundo se decidiera a seguir las huellas de este nuevo redentor y de su nuevo evangelio.

¡Que todo esto es altamente ridículo y que no se comprende cómo personas serias pudieron no tomar a broma tales necesidades? Concedido; pero, el mundo vive de los absurdos y no son siempre las grandes y equilibradas inteligencias las que prevalecen y hacen triunfar opiniones.

Y quédese aquí, por hoy, el Sr. Rousseau, que andamos deprisa y las cuartillas que se nos asignaron están ya cumplidamente llenas.

FILADELFO.

